

LA TELA DE AMARANTA¹

Flora Ovaes

En el corredor de las begonias, sentada en la mecedora que debe mover conforme avanza el sol, Amaranta Buendía teje su mortaja. La muerte se le apareció "un medio día ardiente", vestida de azul y parecida a Pilar Ternera en su juventud, "en la época en que les ayudaba en los oficios de cocina". Traía una orden y un anuncio: "le ordenó empezar a tejer su propia mortaja el próximo seis de abril", le indicó que debía bordarla "tan complicada y primorosa como ella quisiera, pero tan honradamente como hizo la de Rebeca" y le avisó que vendría por ella cuando hubiera terminado la tela.

Al principio, la mujer buscaba dilaciones que alargaran el tiempo: encargó las hilazas de lino y ella misma fabricó el lienzo. Y, cuando empezó a entrelazarlo, lo hacía con tanta demora y tanto arte que la labor surgía de sus dedos como una filigrana de asombro, telaraña transparente movida por el viento de la tarde. Tramando la tela de su vida, Amaranta aprendía a mirar a la muerte, a hablarle; la relación prolongada entre ellas se tomó tan familiar que "en alguna ocasión le pidió a Amaranta el favor de que le enhebrara una aguja". El gesto repetido, desnudo ya de compulsión, calmaba su alma al punto que "el mundo se redujo a la superficie de su piel, y el interior quedó a salvo de toda amargura. Tal vez bordaba en la tela sus amores lejanos, sus amarguras y sus miedos, los sueños pasados.

Así, poco a poco, la labor se extendía ante sus ojos mientras ella la contemplaba asombrada, como si no fuera producto de sus manos de virgen envejecida. Entonces, solo entonces, después de tanto tiempo de bordar la mortaja que muchos creían que destejía de noche lo que cosía de día, decidió terminarla y dar la última puntada.

Muchos años después, en el calor y la soledad que lo acompañan desde siempre, un hombre escribe sus *Memorias*, "para desembrujarme de mí mismo", dice él. Lo hace cada tarde, muy despacio, impelido a la vez por el deseo de detener el tiempo y el afán de alargarlo. Tal vez sabe que, sin proponérselo, repite por última vez el gesto propiciatorio: tejer, sembrar, escribir, inventar un mundo y un orden precario frente al caos y la nada, intentar enfrentar el terror de la muerte, para arrebatarse el hilo de esas manos sin clemencia.

Ahora repasa el viaje, observa la huella de su paso por la vida en los signos escritos por su pluma. Y, al releer ese único relato, encuentra, como Amaranta, "la honda conformidad con su destino". Al final del día, en el tiempo sin tiempo de Macondo, ambos tejen el hilo que los dibuja y los sostiene y, al exorcizar la muerte, la conocen y le hablan: finalizan la tarea, la contemplan por última vez, para poder aceptar, rendirse y descansar.

¹ Publicado en *Campus* (Heredia: Universidad Nacional, setiembre 2002) p. 11.